

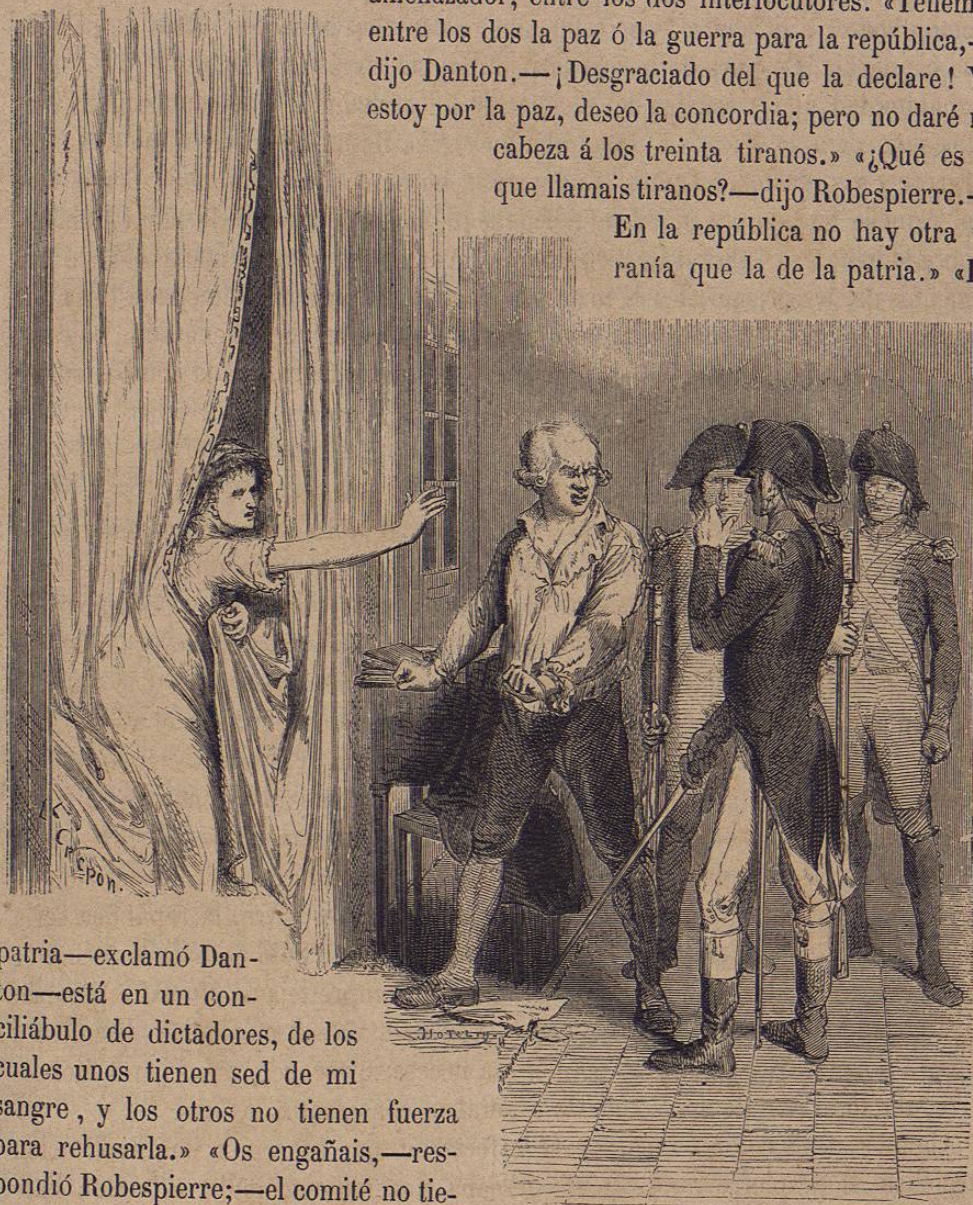
zas de sus comisiones en Bélgica. Añadíase que, no queriendo poseerlas en su nombre, se las habían prestado á la antigua directora de los teatros de la corte, Mlle. Montansier. Esta las había empleado en su nombre, pero en provecho de ellos, en construir el teatro de la Opera. Se creía también que algunos diamantes robados del guardajoyas de la corona estaban en poder de un agente de Danton. Desde que el comité de salud pública gobernaba por mano del verdugo, Danton afectaba horror á la sangre, y se esforzaba en dar á su partido el título de partido de la clemencia. Despues de buscar la popularidad en el rigor, la proseguía con la magnanimidad. Hacía señales de inteligencia á las víctimas, y se constituía en vengador suyo para lo sucesivo. Inspiraba á Camilo Desmoulins sus filípicas contra el Terror y sus alusiones contra Robespierre, haciendo de la humanidad una facción. Aquella facción era un cargo permanente contra el comité de salud pública, y sobre todo contra Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes y Barere, instigadores ó instrumentos del terrorismo. En el momento en que un régimen semejante tuvo por acusador á un hombre como Danton, aquel régimen se vió amenazado. Bajo un gobierno cuya única fuerza era su implacabilidad, toda llamada á la compasión era una convocatoria á la insurrección.

## II

La inminencia de un choque entre Robespierre y Danton era evidente á los ojos de los montañeses inteligentes. Obligados á decidirse entre aquellos dos hombres, su corazón estaba por Danton, y su lógica por Robespierre. Adoraban al primero, cuya voz había electrizado muy á menudo su patriotismo, y temían al segundo más de lo que le apreciaban. Su concentrado carácter, su frío exterior y su imperiosa palabra rechazaban la familiaridad y desconcertaban el afecto. Era éste un hombre á quien debían mirarle en perspectiva y á cierta distancia para temerle y aborrecerle ménos. Sólo el pueblo en masa podía apasionarse por aquel ídolo. Sus colegas no se atrevían á acusarle. Pero á los diputados patriotas de la Montaña no se les escapaba que si Danton era el patriota según su corazón, Robespierre era el legislador según sus miras, y que sin Robespierre, la república sería una dictadura sin unidad y una tempestad sin dirección. Sólo él tenía los secretos del rumbo y marcaba á la democracia el puerto, siempre lejano, al cual esperaban llegar bogando por aquel mar de sangre. Los montañeses no podían decidirse á perder á aquellos dos hombres; pero si era necesario escoger, seguirían á Robespierre, llorando por Danton. Todavía esperaban conservar á los dos.

Algunos negociadores oficiosos se esforzaron por conseguir una explicación entre ellos. Robespierre no se negó; deseaba sinceramente hallar á Danton bastante inocente para no perderle. Se convino en una entrevista por los dos jefes, y ésta tuvo lugar en una comida en Charenton, en casa de Panis, su amigo común. Los convidados, que eran en pequeño número, animados de un deseo ardiente de prevenir aquel rompimiento de la república, apartaron cuidadosamente del principio de la conversación todos los motivos de división capaces de despertar los resentimientos. Lo consiguieron; el principio de la comida fué cordial. Danton se manifestó franco, y Robespierre sereno. Se auguraba bien de esta unión sin choque entre dos hombres cuyas disposiciones personales podían amortiguar el combate entre los dos partidos.

No obstante, al fin de la comida, sea porque el presuntuoso Danton viese en la presencia de Robespierre un síntoma de debilidad, sea porque la indiscreción del vino soltase su lengua, ó sea, en fin, porque su orgullo no pudiese ocultar el desprecio que hacía de Robespierre y de sus amigos, ello es que todo cambió de aspecto. Se entabló un diálogo, al principio penoso, despues amargo, y por último amenazador, entre los dos interlocutores. «Tenemos entre los dos la paz ó la guerra para la república,—dijo Danton.— ¡Desgraciado del que la declare! Yo estoy por la paz, deseo la concordia; pero no daré mi cabeza á los treinta tiranos.» «¿Qué es lo que llamais tiranos?»—dijo Robespierre.— «En la república no hay otra tiranía que la de la patria.» «La



patria—exclamó Danton—está en un conciliábulo de dictadores, de los cuales unos tienen sed de mi sangre, y los otros no tienen fuerza para rehusarla.» «Os engañais,—respondió Robespierre;—el comité no tiene sed sino de justicia, y no vigila sino á los malos ciudadanos. Pero ¿són buenos ciudadanos los que quieren desarmar la república en medio del combate, y los que se adornan con las gracias de la indulgencia cuando nosotros aceptamos por ellos la odiosidad y la responsabilidad del rigor?» «¿Es ésa alusión?»—dijo Danton. «No, es una acusación»,—repuso Robespierre. «Vuestros amigos quieren mi muerte.» «Los vuestros quieren la de la república.» Los convidados interpusieron entonces su mediación, hicieron que se moderasen, y casi los reconciliaron. «No solamente—dijo Robespierre—el comité de salud pública no quiere vuestra cabeza,

Arresto de Danton.—Pág. 336.

sino que desea ardientemente fortificar al gobierno con el mayor ascendiente de la Montaña. ¿Estaria yo aquí si quisiese vuestra cabeza? ¿Ofreceria mi mano á quien yo tratase de asesinar? ¡Se siembra la calumnia entre nosotros! ¡Danton, andad con cuidado! Cuando uno toma por enemigos á sus amigos, se expone á que lo sean de véras. Veamos. ¿No podrémos entendernos? ¿El poder tiene ó no necesidad de ser terrible cuando los peligros son extremos?» «Sí,—dijo Danton,—pero no debe ser implacable. La ira del pueblo es un movimiento. Vuestros cadalsos son un sistema. El tribunal revolucionario que yo inventé era digno, y vosotros le habeis convertido en una carnicería. ¡Herís sin eleccion!» «¿Setiembre eligió?»—dijo Robespierre burlándose. «Setiembre—repuso Danton—fué un instinto irreflexivo, un crimen anónimo que nadie absuelve, pero que nadie puede castigar en el pueblo. El comité de salud pública vierte la sangre gota á gota, como para mantener el horror y el hábito del suplicios.» «Hay gentes—respondió Robespierre—á quienes les gusta más verterla á torrentes.» «Haceis morir tantos inocentes como culpables.» «¿Ha muerto un solo hombre sin juzgarle? ¿Se ha cortado una sola cabeza que no fuese proscrita por la ley?» A estas palabras Danton dejó escapar de sus labios una sonrisa amarga y provocativa. «¡Inocentes! ¡inocentes!—exclamó.—Delante de esas comisiones que han dicho á las balas que escogiesen en Lyon, y al Loira que escogiese en Nantes. Tú te chanceas, Robespierre. Tomais por crimen el odio que se os tiene. Declarais culpables á todos vuestros enemigos.» «No,—dijo Robespierre,—y la prueba es que tú vives.»

A estas palabras, Robespierre se levantó y se fué con señales visibles de impaciencia y de ira. Por el camino desde Charenton á la calle de San Honorato guardó un profundo silencio. Al llegar á la puerta de su casa, dijo el amigo que le acompañaba: «Tú lo has visto, no hay medio posible de que ese hombre vuelva al gobierno. Quiere hacerse popular á expensas de la república, corrompiéndola por dentro y amenazándola por fuera. No somos muy fuertes para despreciar á Danton, pero somos demasiado animosos para no temerle. Queremos la paz; él quiere la guerra, y la tendrá».

Apénas entró en su habitacion, Robespierre envió á buscar á Saint-Just, quedando los dos encerrados una parte de la noche y muchas horas del día en los dos que siguieron á aquel de la conferencia. Se cree que prepararon y combinaron en aquellas largas encerronas los informes y los discursos que fulminaron contra Danton y sus amigos.

### III

Danton pasó estos dos dias en Sevres, sin prever ó sin querer conjurar la tempestad que le amenazaba. En vano Legendre, Lacroix, el jóven Rousselin, Camilo Desmoulins y Westermann le suplicaron que mirase por sí, y que burlase al comité de salud pública con la fuga ó con la audacia. «La Montaña es tuya»,—le dijo Legendre. «Las tropas están por tí»,—le dijo Westermann. «El sentimiento público está por nosotros»,—le decia Rousselin.—La compasion pública se convertirá en indignacion á tu voz.» Danton se sonreia con indiferencia y orgullo. «Aún no es tiempo»,—les respondió,—y ademas será necesario derramar sangre, y ya estoy cansado de ella. He vivido bastante, y no quisiera comprar la vida á este

precio. Quiero más ser guillotinado que guillotinar. Ademas, no se atreverán á atacarme, porque soy más fuerte que ellos.»

Les dijo con esto más de lo que pensaba decir tal vez. Afectaba confianza para justificar su inaccion. Pero en el fondo no obraba porque no podia obrar. Danton era una fuerza inmensa, pero aquella fuerza no tenia ya en dónde apoyar la palanca que habia de levantar á la república. ¿Estaba ésta en los Jacobinos? Los habia entregado á Robespierre. ¿Estaba en los Franciscanos? Los habia abandonado á Hebert. ¿Estaba en la Convencion? La habia avasallado, retirándose de ella al comité de salud pública. Por lo tanto, se hallaba cercado y desarmado por todas partes. No tenia apoyo sino en los dos más tibios é inactivos entre los sentimientos públicos: la compasion y el miedo. No podia recurrir sino á un resto vago de popularidad, y el ascendiente que conservaba sobre la opinion pública era casi nulo. Ademas, ¿cómo podia hablar de clemencia el hombre de Setiembre? Una revolucion en nombre de la humanidad, ¿podia personificarse en un Mario? ¿Tendria el derecho de sublevar la conciencia pública con las manos teñidas aún en sangre? ¿No se estrellaria contra sus antecedentes si queria intentarlo? ¿No se le venceria de engañoso y falaz? El lo conocia así sin confesarlo, y se dormia en una seguridad engañosa, envolviéndose en su popularidad desvanecida como en una inviolabilidad para motivar su apatía.

Saint-Just, Robespierre, Barere y el comité no se engañaban: sabian que una sorpresa de la elocuencia de Danton podia atraerse á la Convencion y hacerle reconquistar un ascendiente mal apagado aún en la Montaña. Querian desarmar al gigante ántes de combatir, y la lucha de una sesion les parecia demasiado expuesta para arrostrarla, porque entónces ninguna voz, inclusa la de Robespierre, tenia aún la influencia que la voz de Danton. El silencio era más prudente, y el misterio más seguro. Obraron como el senado de Venecia, y no como los comicios de Roma: el calabozo les ofreció más seguridad que la tribuna.

El comité de salud pública convocó por la noche á sesion secreta á los miembros del comité de seguridad general y á los del comité de legislacion. Ninguno sospechaba el terrible complot á que se asociaba sin saberlo. Danton contaba con amigos en aquellos dos comités, pero amigos débiles que temian declarar inocente al que Robespierre hallaba culpable. Los semblantes estaban taciturnos, evitaban el mirarse unos á otros, y no se hablaron ni una palabra ántes de deliberar. Saint-Just, con acento incisivo y con una voz más metálica que de ordinario, principió por pedir que un silencio de Estado cubriese la deliberacion que se iba á abrir y la resolucion que se tomase. En seguida dijo, sin aparentar conmoverse por la grandeza de su proposicion: «Que la república estaba minada dentro de la misma Convencion; que un hombre que habia sido útil por mucho tiempo, pero que entónces era peligroso, y siempre egoísta, habia afectado separarse de los comités del gobierno á fin de separar su causa de la de sus colegas, é imputarles en seguida á crimen la salvacion de la patria; que este hombre, educado en la escuela de los complots, rebotando en riquezas, convencido de traicion, primero entrando en las miras de la corte, despues unido á Dumouriez y á la Gironda, y finalmente á los enemigos de la revolucion, tramaba ahora la más peligrosa de todas: ¡la traicion de la clemencia! El hombre que con la hipocresía de la humanidad pervertia la opinion, aumentaba las murmuraciones, agriaba los espíritus, fomentaba la divi-

sion en la Representacion nacional, entretenia las esperanzas de la Vendée, y tal vez mantenía correspondencia con los tiranos desterrados; el que reunía alrededor de sí en una aparente inacción á todos los hombres viciosos, débiles ó versátiles de la república; el que les dictaba su papel y les inspiraba sus invectivas contra los saludables rigores de los comités; el que concluiría con la revolucion, si los servicios anteriores y dudosos de este hombre le cubriesen á los ojos de los patriotas puros contra sus crímenes presentes, y sobre todo contra sus crímenes futuros; el que sería el peor de los contrarrevolucionarios, porque tendría la perfidia de ejecutar la contrarrevolucion en nombre del pueblo; el que establecería el peor de los gobiernos, que sería una república que cayese en las manos de los hombres más corrompidos de entre los falsos demagogos; el hombre que sería por sí solo una contrarrevolucion para el pueblo... este hombre, á quien todos habeis conocido sin que yo le nombre,—dijo despues de un momento de silencio,—¡es Danton! ¡Sus crímenes están consignados en el mismo silencio que guardais al oír su nombre! Si fuese puro, vuestros murmullos me habrían confundido. Nadie le cree inocente; todos le creen peligroso. Tengamos el valor de nuestras convicciones y la inflexibilidad de nuestros deberes. Pido que á Danton y á sus principales cómplices, Lacroix, Philippeaux y Camilo Desmoulins, se les ponga presos esta noche, y que sean entregados al tribunal revolucionario».

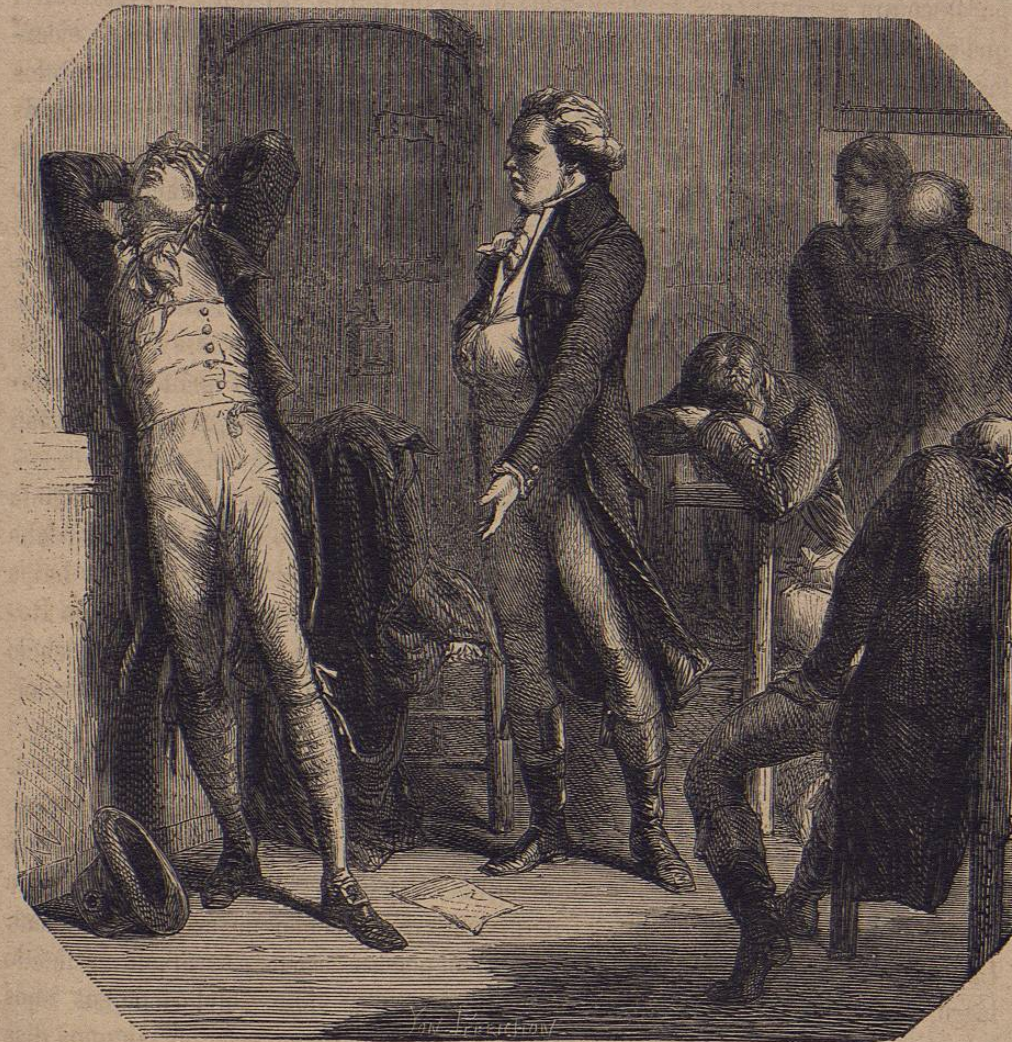
Todos dirigieron sus miradas á Robespierre. Este, que se había indignado la primera vez que Billaud-Varennes había propuesto la prision de Danton, guardaba entonces el más profundo silencio. Todo el mundo conoció que Saint-Just había hablado en nombre de los dos. Ninguno quería aparentar indecision cuando Robespierre se había decidido. Barere y sus colegas firmaron la orden. El silencio se prescribía por sí mismo; la indiscrecion hubiera sido mirada como complicidad, y la complicidad era la muerte.

No obstante, un empleado subalterno en las oficinas del comité, llamado Páris, oyó lo que se había resuelto á través de las rendijas de la puerta del salon, y corrió á casa de Danton, le dijo que su nombre se había pronunciado muchas veces en la reunion de los tres comités, que debía temer una resolucion siniestra contra él, y le ofrecía un asilo seguro en donde pudiese dejar pasar la tempestad. La jóven esposa de Danton, instruida de esto por su ternura, se arrojó vertiendo lágrimas á los piés de su marido, suplicándole por su amor y por el de sus hijos que escuchase aquella advertencia del destino, y que se ocultase por algunos dias de sus enemigos. Sea incredulidad hácia este aviso, sea tuviese á humillacion el tratar de evitar la muerte, sea causancio de vivir en aquellos trances, que César encontraba peores que la misma muerte, ello es que Danton no consintió en esconderse. «Deliberarán mucho tiempo ántes de herir á un hombre como yo,—dijo,—deliberarán siempre, y yo seré quien los sorprenda.» Despidió á Páris, leyó un rato, y se durmió.

A las seis de la mañana llamaron á su puerta los gendarmes, y le presentaron la orden del comité. «¿Con que se atreven?—dijo refregando la orden entre sus manos.—¡Y bien! ¡Son más atrevidos que lo que yo suponía!» Se vistió. Abrazó convulsivamente á su mujer, la tranquilizó sobre su suerte futura, la exhortó á que viviese tranquila, y siguió á los gendarmes, que le condujeron al Luxemburgo.

A la misma hora arrancaron á Camilo Desmoulins de los brazos de Lucila. «Voy al calabozo—dijo al salir—por haber compadecido á las víctimas. Si muero, mi sentimiento será no haber podido salvarlas.» Philippeaux, Lacroix y Westermann entraron al mismo tiempo en el Luxemburgo. Herault de Sechelles, Fabre d'Eglantine, Chabot y Launay estaban ya allí.

El nombre de Danton aturdió á los detenidos. Los presos de todas las faccio-



Los dantonistas detenidos en el Luxemburgo.—Pág. 398.

nes, y sobre todo los realistas, se apiñaron para contemplar aquella gran irrisión de la república. Aquella burla de la suerte era el sentimiento que parecía humillar más á Danton, y que él se esforzaba por apartar de sí con afán. «¡Y bien, sí!—dijo levantando la cabeza y afectando una risa que contrastaba con su situación.—¡Es Danton en persona! ¡Miradle bien! La jugada ha sido buena, lo confieso. No hubiera creído nunca que Robespierre me escamotease de este modo. Es necesario aplaudir aún á sus mismos enemigos cuando se conducen como hombres de Estado. Por lo demas, ha hecho bien,—añadió dirigiéndose á los realistas que le rodeaban:—dentro de algunos dias os hubiera libertado á todos. Entro aquí por haber querido concluir vuestras miserias y vuestro cautiverio.» Con estas

palabras trataba de disminuir el horror que inspiraba su nombre, y de atraerse el interes de sus víctimas. Su fingida bondad sedujo los corazones. Los realistas estaban reducidos á no tener más eleccion ni preferencia que entre sus enemigos.

## IV

Pusieron á Danton y á su amigo Lacroix en un mismo calabozo. «¡Presos nosotros! —exclamó Lacroix.—¿Quién lo hubiera podido prever?» «Yo», —le dijo Danton. «¡Cómo! ¿Tú lo sabías, y no has obrado?» —replicó Lacroix. «Su cobardía me aseguraba,—replicó Danton.—He sido engañado por sus anteriores bajezas.» Hacia el mediodía pidió que le dejaran pasear como á los demas presos por los corredores. Los carceleros no se atrevieron á negarse á que diese algunos pasos por la cárcel el hombre que mandaba el dia ántes á la Convencion. Hérault de Sechelles le salió presuroso al encuentro y le abrazó. Danton afectó indolencia y alegría. «Cuando los hombres cometen simplezas,—dijo á Hérault de Sechelles encogiendo los hombros,—es menester que sepan reirse de ellas.» En seguida, viendo á Tomás Payne, se acercó á él y le dijo con tristeza: «Lo que tú has hecho por tu patria adoptiva, he tratado yo de hacerlo por la mia. He sido ménos dichoso que tú, pero no más culpable». Despues se volvió hácia un grupo de sus amigos que se lamentaban de su suerte, y dirigiéndose á Camilo Desmoulins, que se golpeaba la cabeza contra la pared, le dijo: «¿A qué vienen esas lágrimas? Ya que nos envían al cadalso, marchemos á él alegremente».

No dejaron á los acusados por mucho tiempo el consuelo de hablar juntos. Llegó al poco rato una órden para encerrarlos en calabozos separados; el de Danton estaba próximo á los de Lacroix y de Camilo Desmoulins. Danton estaba constantemente asomado á la reja de su ventana, no cesando de hablar con su amigo en alta voz, para que le oyesen los presos que habitaban en los pisos superiores y los que se paseaban en el patio. Su valor tenia necesidad de espectadores. La ventana fué su tribuna, y estuvo en escena hasta en el calabozo. La fiebre de su alma se revelaba en las pulsaciones de su pensamiento y en la agitacion de su discurso. Hombre de tumulto, no era de esas naturalezas que recogen su fuerza en el silencio y que no necesitan otros testigos que su conciencia. Este necesitaba un infortunio ruidoso y cierta popularidad en medio de la desgracia. Su locuacidad llegó á importunar á los presos.

El rumor de la prision de Danton y de sus cómplices se esparció con el dia en Paris. Nadie queria creer en este exceso de temeridad del comité de salud pública. La prision de Danton parecia ser el sacrilegio de la revolucion. Sin embargo, aquella misma temeridad daba el sentimiento de una fuerza inmensa en los que la habian manifestado. No se sabía si se debía murmurar ó aplaudir. Todo el mundo callaba, aguardando la explicacion.

La Convencion se reunió con lentitud. Algunos sordos cuchicheos anunciaban que los diputados se comunicaban en voz baja la relacion, las conjeturas é impresiones de los acontecimientos de aquella noche. La meditacion estaba impresa en todas las frentes; pero todos se preguntaban interiormente si quedaba alguna seguridad y alguna independenciamante ante un poder oculto que se atrevia á hacer desaparecer á Danton. Los miembros del comité de salud pública no estaban aún en

sus bancos, y como los soberanos que se hacen esperar, dejaban disipar la impresion ántes de arrostrarla.

Legendre se presentó. Este era el amigo más poderoso de Danton. El mismo, como otro Danton subalterno, tan pronto agitador, tan pronto moderador del pueblo de donde habia salido, se creia ser el genio de su modelo porque tenia su turbulencia, y pensaba tener su mismo valor porque como él era arrebatado é impetuoso. Al rumor de la prision de su amigo, Legendre se sintió amenazado, y se atrevió á concebir un pensamiento generoso, como el de citar á la tiranía á la barra de la Convencion. Su rostro pálido y desfigurado daba á entender la lucha que pasaba en su alma entre el valor y el temor, entre la amistad que le incitaba á hablar, y el servilismo que callaba en torno suyo. Legendre subió precipitadamente las gradas de la tribuna.

«Ciudadanos,—dijo,—cuatro miembros de esta Asamblea han sido presos esta noche. Danton es uno de ellos. Ignoro el nombre de los demas. Los nombres no importan si son culpables; pero vengo á pedir que sean oidos, condenados ó absueltos por vosotros. Ciudadanos, yo no soy sino el fruto del genio de la libertad, yo no soy sino su obra, y no trataré sino de desenvolver con gran sencillez mi proposicion. No esperéis de mí sino la explosion de un sentimiento. Ciudadanos, lo declaro, creo á Danton tan puro como yo, y nadie ha sospechado jamás aquí de mi probidad.» A estas palabras, un murmullo desfavorable reveló la mala fama de Danton. Legendre empezó á turbarse, y á pesar de esto, el silencio se restableció á la voz del presidente. Legendre continuó:

«No apostrofaré á ninguno de los miembros del comité de salud pública, pero tengo derecho para temer que los odios personales arranquen á la libertad los hombres que le han prestado los mayores y más útiles servicios. No creo inoportuno decirlo esto del hombre que en 1792 hizo levantar á Francia entera con las medidas enérgicas de que se sirvió para conmover al pueblo, del hombre que hizo decretar la pena de muerte contra el que no entregase sus armas ó no las volviese contra el enemigo. No; confieso que yo no puedo creerle culpable, y aquí os quiero recordar el juramento recíproco que prestamos los dos en 1790, juramento por el cual nos comprometimos á que el que de los dos viese al otro debilitarse ó sobrevivir á su adhesion á la causa del pueblo, pudiese darle de puñaladas en el acto. Este juramento tengo placer en recordarlo en el dia de hoy. Lo repito, creo á Danton tan puro como yo. Desde la noche anterior está preso. Se teme sin duda que su voz confunda á sus acusadores. Pido, en consecuencia, que ántes que oigais ningun informe, los presos sean traídos aquí para que nosotros oigamos sus descargos.»

## V

Robespierre se perdia sin remedio, al ejecutar el primer acto de su tiranía, si no hubiese llegado á la sesion en el momento en que Legendre hablaba. Cambiándose el estupor de la Asamblea en indignacion á la voz de Legendre, estaba ya pronta á citar á Danton como un testigo vivo de la audacia del comité. El alma de Danton, rebosando ira por haberse visto en un calabozo, podía valerse de una de aquellas explosiones que derriban las tiranías. La Asamblea tampoco hubiera podido resistir al espectáculo de Danton preso, enseñando sus brazos encadenados